

José Aldazábal

GESTOS Y SÍMBOLOS



8. CALLAR Y ESCUCHAR

El silencio –callar y escuchar– es uno de los gestos simbólicos menos entendidos (y practicados) de nuestra liturgia.

Hasta parece poco coherente con la consigna general de la reforma litúrgica: ¿no se trata de “participar activamente” en la celebración?

Sin embargo, la Constitución de Liturgia (SC 30) ya ponía como uno de los medios “para promover la participación activa”, además de las respuestas, cantos y gestos, también el silencio. Y los documentos siguientes nos recuerdan que “también, como parte de la celebración, ha de guardarse a su tiempo el silencio sagrado” (IGMR 45).

¿Somos capaces de hacer silencio? Esto tiene particular sentido en la celebración, donde el escuchar y luego meditar en silencio puede ser un gesto simbólico de nuestra fe interior y de nuestra verdadera participación en lo que celebramos.

Muchos fieles expresan su deseo de un clima mayor de silencio dentro de la celebración. Les resulta a veces agobiante la sucesión de palabras, oraciones, lecturas, moniciones, cantos. Echan de menos algunas “zonas verdes” de paz. Una atmósfera de serenidad y calma. Un ritmo menos trepidante que les permita ir asimilando lo que se celebra.

Saber escuchar

“Escucha, Israel” (Dt 6,4). ¿No es esta la primera actitud de fe en la presencia de Dios?

La liturgia nos educa para saber escuchar. No sólo cuando Dios, a través de los lectores, nos transmite el mensaje de su Palabra, sino también cuando el sacerdote presidente dirige a Dios en nombre de todos su oración. La actitud de la comunidad cristiana –ministros y fieles– es la de escucha atenta: “las lecturas de la Palabra de Dios deben ser escuchadas por todos con veneración” (IGMR 29), “la Plegaria Eucarística exige que todos la escuchen con reverencia y en silencio” (IGMR 78).

Escuchar es hacer propio lo que se proclama. No es algo pasivo: “por medio de este silencio los fieles no se ven reducidos a asistir a la acción litúrgica como espectadores mudos y extraños, sino que son asociados más íntimamente al misterio que se celebra, gracias a aquella disposición interior que nace de la Palabra de Dios escuchada... y de la unión espiritual con el celebrante en las partes que dice él mismo” (*Musicam sacram* 17).

Escuchar es algo más que oír. Es una actitud positiva, activa. Es atender, ir asimilando lo que se oye, reconstruir interiormente el contenido del mensaje. Y eso es la fuente y el alimento de la fe: “la fe va siendo actuada sin cesar por la audición de la Palabra revelada” (OLM 47). “La Iglesia se edifica y va creciendo por la audición de la Palabra de Dios” (OLM 7). Escuchar es una “audición acompañada de fe... escuchar la Palabra de Dios con una veneración interior y exterior que los haga crecer continuamente en la vida espiritual y los introduzca cada vez más en el misterio que se celebra” (OLM 45).

La comunidad cristiana es fundamentalmente una comunidad que escucha. Es la primera forma de fe y de oración, antes que decir palabras o entonar cantos. Y es la actitud más cristiana: escucha el que es humilde, el que reconoce que no lo sabe todo, que es “pobre” en la presencia de Dios y de los demás. El autosuficiente y el orgulloso no escuchan.

Silencio ante el misterio

Si en general nuestra ajetreada vida actual necesita espacios de calma y silencio, también en la celebración litúrgica se echa de menos a veces un clima más favorable de encuentro con el misterio que celebramos.

No se trata, evidentemente, del mutismo de uno que no quiere cantar o

participar en la oración de la comunidad, refugiándose en su interioridad. Es el silencio del que precisamente está más atento y participa en lo que se dice y se hace.

El silencio es un viaje al interior y a la realidad más profunda de lo que se celebra. Es nuestro gesto simbólico de reverencia ante el misterio. La presencia de Cristo Jesús, y el protagonismo de su Espíritu, producen –si se captan en profundidad– radicalmente un silencio de alabanza y comunión.

El misterio es siempre inefable. Luego, en el momento adecuado brotarán de nuestros labios la palabra y el canto, la alabanza y la súplica. El sentido del misterio es básico en la celebración cristiana. Es el alma de toda oración. La actitud de silencio, exterior e interior, y de escucha atenta, es la que hace posible la experiencia de ese misterio. El silencio es la apertura a Dios, a la comunidad con la que compartimos la oración, y hasta un reencuentro consigo mismo.

Al que sabe callar y hacer silencio, todo le habla, todo le resulta elocuente. El misterio se le hace accesible como encuentro y comunión. Sólo el silencio activo, y compartido con la comunidad, en armónica conjunción con los momentos de palabra, de canto, de acción, hacen posible hacer propio lo que todos celebramos. Es un ritmo y una proporción admirable: del “yo” pasamos al “nosotros”, para volver continuamente al “yo”, más enriquecido y madurado. La liturgia es comunitaria, pero no impersonal.

Por eso el silencio –a veces exterior, siempre interior– es algo connatural a la oración. Precisamente porque nuestras celebraciones constan de muchas palabras, deben valorar también el silencio. Para favorecer el encuentro interior con el Cristo presente y las actitudes propias de celebración en espíritu y verdad.

La palabra brota del silencio

El silencio interior del que sabe escuchar es el seno donde germina y brota al exterior la palabra, si no quiere ser vacía.

La devaluación de la palabra se debe a su facilidad, a su inflación creciente. No brota del silencio. Manipulamos con ella y la convertimos en mero

nominalismo. Sólo dice palabras llenas y puede dialogar el que sabe callar y escuchar. Cristo comparó la palabra a una semilla, que cae en la tierra y en secreto germina y madura.

Toda palabra, y sobre todo la que pronunciamos en nuestra celebración, debe estar precedida, acompañada y seguida de la escucha y el silencio.

Sí, también “acompañada”. La palabra no tiene por qué romper el silencio interior. Una oración, un canto, incluso una homilía, si son válidos, deben estar en el fondo atravesados de silencio: en el caso de la homilía, lo principal de ella es que deje resonar sobre la comunidad y sobre el mismo que la pronuncia a la Palabra de Dios. El silencio no es algo que ejercitamos sólo cuando dejamos de decir cosas. También cuando rezamos o cantamos el silencio interior es la condición de que lo que pronuncian nuestros labios sea algo nuestro, vivido, y no mera rutina o fórmula. Cuando decimos “aleluya”, “amén”, o “Padre”, nuestras palabras tienen sentido si las decimos desde dentro, si brotan desde la unidad interior de nuestra persona, vigilante, atenta, creyente.

El silencio en nuestra celebración

Como en otros campos de nuestra vida –los “minutos de silencio” como manifestación de solidaridad en el dolor, o los momentos densos de silencio en un concierto musical– también en nuestras celebraciones el silencio puede ser una de las formas más expresivas de nuestra participación.

Cuando el Viernes Santo comienza el rito con la entrada silenciosa y la postración del presidente, sin canto de entrada ni saludo, ese silencio se convierte en un signo elocuente, no de tristeza, sino de respeto y homenaje al misterio celebrado ese día, que no puede superarse con palabras y músicas.

Cuando el Obispo impone las manos en silencio sobre la cabeza de los ordenados, y después de él los presbíteros concelebrantes, sin ninguna intervención de canto o de moniciones en ese momento, el gesto adquiere una densidad que no necesita muchas explicaciones.

A veces los mismos libros litúrgicos invitan a una discreta restricción de

la palabra y la música, para favorecer la sintonía con lo celebrado. En la Cuaresma hacemos un cierto ayuno de música. En las exequias no deberían abundar las palabras y los ritmos musicales. El saber captar el mudo discurso de una cruz, o el mensaje gozoso de una imagen, o la expresiva intención de una acción simbólica, es un regalo que proviene del ejercicio del silencio y del saber escuchar.

Ciertamente no se pretende introducir espacios de silencio sin más, sino de dar a la celebración un ritmo sereno que permita a los fieles ir sintonizando con lo que oyen y dicen.

La importancia del silencio, subrayada por el Misal

La tercera edición del Misal Romano (2002) asume todo lo que se había dicho en la anterior sobre el silencio, y lo subraya todavía más en algunas ocasiones.

En cuanto al silencio en general, dice:

“También, como parte de la celebración, ha de guardarse en su tiempo un silencio sagrado... Por ejemplo, en el acto penitencial y después de la invitación a orar, los presentes se concentran en sí mismos; al terminarse la lectura o la homilía, reflexionan brevemente sobre lo que han oído; después de la comunión, alaban a Dios en su corazón y oran”.

Pero a esto, que ya decía la edición anterior, ahora se ha añadido un detalle:

“Ya antes de la celebración misma, es conveniente que se guarde silencio en la sacristía y lugares cercanos, para que todos se preparen devota y dignamente a la celebración sagrada” (IGMR 45).

En la nueva edición del Misal hay un número completamente nuevo (tomado de la introducción al Leccionario: OLM 28), valorando el silencio en la celebración de la Palabra, para que permita oír la voz interior del Espíritu que nos mueve a responder a la lectura proclamada:

“La liturgia de la Palabra se ha de celebrar de modo que favorezca la meditación y, por tanto, hay que evitar toda forma de precipitación que impida el recogimiento. Conviene guardar para ello unos breves momentos

de silencio, acomodados a la comunidad, en los que, con la animación del Espíritu Santo, se acoja en el corazón la Palabra de Dios y se disponga a responder a ella con la oración. Estos momentos se pueden guardar, por ejemplo, antes de empezar la misma Liturgia de la Palabra, después de la primera lectura, de la segunda y de la homilía” (IGMR 56).

Es insistente la invitación al silencio a lo largo del Misal.

En el acto penitencial, después de la invitación, se recuerda (como ya se hacía antes) que sigue una “breve pausa de silencio” (IGMR 51).

Cuando antes afirmaba que la comunidad hace suya la Palabra de Dios con los cantos, etc., ahora añade que “con el silencio y los cantos” (IGMR 55).

Vuelve a decir que “después de la homilía oportunamente se observa un breve espacio de silencio” (IGMR 66); lo repite en el n. 136.

Vuelve a recordar que después de la 1ª lectura, “si parece oportuno, se puede observar un breve espacio de silencio para que todos mediten brevemente lo que han oído” (IGMR 128); igualmente, después de la segunda (IGMR 130).

Cuando el sacerdote proclama la Plegaria Eucarística, la comunidad “se asocia al sacerdote con fe y en silencio, así como con las intervenciones previstas” (IGMR 147).

Después de la comunión “el sacerdote y los fieles, si se juzga oportuno, pueden orar un cierto espacio de tiempo (per aliquod temporis spatium) en secreto (en la edición anterior decía “en su corazón”)” (IGMR 88; cf. 164).

Un detalle puede resultar significativo para el momento del ofertorio. Cuando se hablaba de las dos oraciones que el sacerdote dice en la presentación del pan y del vino, el Misal anterior decía que lo hiciera “secreto”, en secreto, aunque le daba la opción, si no había música, de decirlas en voz alta. La motivación es fácil: en la celebración es bueno que haya momentos de silencio, que no todo esté lleno de palabras. El breve momento de la preparación del altar viene después de una abundancia de palabras y es un espacio que prepara otra zona de muchas palabras, con la Plegaria Eucarística. Es bueno que haya un poco de paz para la comunidad.

En el texto de la Introducción renovada que conocimos en julio del año 2000, ese “secreto” cambió (curiosamente sólo en el caso del vino), y se

convirtió en “*submissa voce*”, en voz baja. Pero en la edición definitiva, del 2002, ha vuelto a ser “secreto”, como ya ponía y sigue poniendo en el caso del pan (IGMR 141-142). Y es que ahora, con los micrófonos tan cercanos, el “*submissa voce*” no equivale ciertamente a “en secreto”. Lo que sucede es que dentro del Ordinario de la Misa no se ha llevado a cabo esta corrección de última hora. Si antes el Misal decía que estas oraciones, en principio, son “en secreto”, y en julio del 2000 lo cambiaron a “en voz baja”, también dentro del Ordinario, se ve que no se han dado cuenta, para la edición final, que la Introducción había vuelto a “en secreto”: y por eso, el Misal ha mantenido lo de “*submissa voce*”, cuando tendría que ser “en secreto”, porque el interior del Ordinario de la Misa debería coincidir con lo que anuncia la Introducción.

La finalidad de los momentos de silencio

La naturaleza de los diversos momentos de silencio es diferente: “La naturaleza de este silencio depende del momento de la celebración en que se observa” (IGMR 45).

a) Hay silencios que quieren movernos a *la concentración y al recogimiento*, como antes de comenzar la celebración –con un momento de calma o de música ambiental suave–, o cuando somos invitados al acto penitencial, o cuando después de la recomendación “oremos” hacemos una breve pausa antes de que el presidente diga la oración. “El sacerdote invita al pueblo a orar: y todos, a una con el sacerdote, permanecen un rato en silencio para hacerse conscientes de estar en la presencia de Dios y formular interiormente sus súplicas” (IGMR 54).

b) Hay otros silencios que buscan crear una atmósfera de *interiorización* y de apropiación, como después de haber acudido a comulgar con el Cuerpo y Sangre del Señor. Es un silencio de “posesión” agradecida, de alabanza interior. El Misal recomienda unos momentos de silencio tanto antes como después de la comunión: antes, el sacerdote dice “en secreto” una oración, y “los fieles hacen lo mismo, orando en silencio” (IGMR 84); después “pueden orar un rato en secreto, en silencio” (IGMR 88. 164. 271). Son momentos en que todos son invitados a “entrar en sí mismos y meditar o

alabar y rezar a Dios en su corazón”, como dice el Directorio de las Misas con niños (DMN 37).

c) El silencio, en otros momentos, nos permite un clima *de meditación* en lo que acabamos de escuchar o de decir: así después de las lecturas y de la homilía (IGMR 45), o después de haber recitado un salmo (IGLH 112). Después de la primera lectura de la misa, por ejemplo, “puede guardarse, parece conveniente, un breve tiempo de silencio para que todos mediten lo que han escuchado” (IGMR 128). Lo mismo después de la segunda lectura (IGMR 130). Y después de la homilía (IGMR 136).

Este espacio de silencio quiere, como dice la introducción a la Liturgia de las Horas, “lograr la plena resonancia de la voz del Espíritu Santo en los corazones y unir más estrechamente la oración personal con la palabra de Dios y la voz pública de la Iglesia... después de cada salmo... o después de las lecturas” (IGLH 202).

En la nueva edición del Misal, donde antes decía que “esta palabra divina la hace suya el pueblo con los cantos...”, ahora corrige y dice: “la hace suya el pueblo con el silencio y los cantos...” (IGMR 55). El silencio es aquí acogida interior de la Palabra, antes de ser aclamación o antifóna meditativa cantada.

d) Hay silencios que no pretenden otra cosa que *el descanso y la espera*, un ambiente de calma y respiro, como es el momento del ofertorio.

Otras consecuencias prácticas

No deberíamos llenar de palabras y de sonidos la celebración. A eso contribuyen las cataratas de moniciones, con sus exhortaciones moralizantes, que en vez de ayudar a la sintonía verdadera con lo que celebramos, a veces la hacen imposible. El oído es el sentido más bombardeado en nuestra liturgia. Habría que procurar que no se pasara la raya de la buena pedagogía: la liturgia no es una clase de catequesis, sino una celebración. Y la celebración, ante todo, es comunión.

Un ejemplo práctico: si al final de la primera lectura de la Misa, en el breve momento de silencio previsto, alguien se siente obligado a decir en voz alta

qué página del cantoral debemos buscar para el salmo, o durante el prefacio se ilumina el letrero electrónico indicándonos qué “Sanctus” debemos ya preparar, se rompe la necesaria actitud de escucha y de meditación.

Hay sacerdotes que creen hacer un favor a su comunidad diciendo en voz alta las oraciones que el Misal le manda decir en secreto, porque pertenecen al ámbito de su preparación personal: por ejemplo, las que dice antes de proclamar el evangelio, o antes del lavabo, o preparándose para la comunión. Están precisamente mandadas que se digan en secreto, para que haya unos momentos de pausa silenciosa para todos.

El *salmo responsorial* es mucho mejor que no lo digan todos, sino que la comunidad vaya respondiendo con un estribillo (cantado, a ser posible) a lo que canta o recita un solista, el salmista. Y ello con músicas no demasiado ruidosas, sino que permitan el clima de meditación que es propio de este salmo.

En el *ofertorio* tenemos uno de los momentos en que normalmente –excepto cuando se hace la procesión con los dones– apetece más un espacio de sosiego y silencio, que es lo que, en principio –como hemos indicado hace poco– sugiere el Misal. Entre el espacio de la Palabra y el de la Plegaria Eucarística, ambos ciertamente densos, un momento de calma le da un respiro a la comunidad.

Hay que permitir a nuestras celebraciones un cierto *tono de contemplación y serenidad*, sin caer en la tentación de una excesiva creatividad y cambios continuos. Habría que tener más confianza en los textos y ritos mismos, que están pensados –si se realizan bien– para conducir suavemente a la sintonía interior. Es interesante observar que hay ciertas oraciones y respuestas, que los mismos libros invitan a que alguna vez se sustituyan sencillamente por unos momentos de silencio. Así la respuesta a las intenciones de la Oración Universal (IGMR 71) y hasta el mismo salmo responsorial (DMN 46).

No se trata de crear largos vacíos de silencio (cf. IGLH 202): la liturgia no es un tiempo para la “oración personal silenciosa”, que en otros ámbitos sí debemos ser capaces de realizar. Ni se trata de volver a “la Misa en silencio” o a la Plegaria Eucarística en secreto, como antes. Al contrario, se trata de favorecer el que esta Plegaria sea escuchada en las mejores condiciones

por parte de la comunidad, no estorbada ni por glosas superfluas ni por acompañamientos musicales (cf. IGMR 32).

Es el clima de paz y serenidad lo que hay que lograr, huyendo a la vez de la precipitación y de la aburrida lentitud. “La liturgia de la Palabra se ha de celebrar de manera que favorezca la meditación, y por esto hay que evitar totalmente cualquier forma de apresuramiento que impida el recogimiento” (OLM 28). No es superfluo insistir en el daño que pueden causar a esta calma y a este silencio interior las megafonías exageradas, las músicas agresivas, y sobre todo las apabullantes intervenciones de los ministros: hay comentaristas que realizan un “pressing” insistente que aturde a los presentes, impidiendo la atmósfera esponjada y gozosa que la acción litúrgica requiere.

¿Hay que recordar a *los ministros*, y en particular *al presidente*, que son ellos los que más ejemplo deben dar de *actitud de escucha*? Hace años, en la reunión de secretarios nacionales de liturgia de toda Europa, se trató del tema de la “interiorización en la liturgia”. El profesor B. Fischer, en su comunicación, enumeró las condiciones para lograrla. Además de invitar a una comprensión más teológica de la liturgia (como acción de Cristo y de su Espíritu, antes que nuestra) y al tono de adoración meditativa, también apuntaba: “hay una exigencia decisiva: el que preside debe dar la impresión de estar penetrado de silencio y de orar él mismo y de introducir a los participantes en la oración ahorrándose las excesivas exhortaciones”.

Es lo que afirma la introducción al Leccionario: “El que preside escucha él también la Palabra de Dios proclamada por los demás” (OLM 38).

Si el presidente, durante las lecturas que hacen otros ministros, se entretiene buscando sus papeles o repartiendo encargos a sus ayudantes, no favorece precisamente la actitud de fe de los demás. Si después de la comunión se dedica a limpiar los vasos sagrados, en vez de dejarlos para después (ahora el Misal sugiere: “*eaque, post Missam, populo dimisso, purificare*”, cf. IGMR 183), poco podrá participar de la intención que tiene ese breve momento de silencio.

Habla, Señor, que tu siervo escucha

La justa proporción entre palabra, canto, gesto, movimiento y silencio es fundamental para una buena celebración.

Y en concreto saber hacer silencio, saber escuchar, da profundidad a nuestra oración. Es la actitud clásica de fe del joven Samuel: “habla, Señor, que tu siervo escucha” (1S 3,10). Pero no se puede escuchar si no hay silencio interior y si el ritmo de la celebración no es sereno.

Esto requiere aprendizaje, fuera y dentro de la celebración: el saber escuchar a los demás en la vida diaria nos educa para escuchar a Dios, y el ejercicio de escuchar la Palabra de Dios o de los ministros nos entrena para saber escuchar a los demás fuera de la iglesia.

Naturalmente que no basta con escuchar: “poned por obra la Palabra y no os contentéis sólo con oírla” (St 1,22). Pero escuchar es el camino para la asimilación y el compromiso. Sobre todo si el equipo animador favorece una audición fácil y densa.

Ojalá se haga realidad para todos lo que afirma el profeta: “mañana tras mañana (el Señor) despierta mi oído para escuchar como los discípulos” (Is 50,4).

Mi amado, las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
las ínsulas extrañas,
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos,
la noche sosegada
en par de los levantes de la aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora.

(S. Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*)
